

bre su cuerpo tres veces cada noche, dejandose admirar como un David, pero mas inocente que el. (1) Animada su mano de una santa fiereza, como la de Moyses, (2) de una confianza en el Señor, se servia de los azotes, como de vara, y no dejaba de herir hasta sacar fuentes de sangre. Como si su mano fuera la mas rea, y à este titulo aspirasse à una rigurosa satisfaccion, assi se encruelecia contra Domingo, dandole alientos à su espiritu, al tiempo mismo que debilitaba su cuerpo. Quereis saber, Señores, los estragos que hizo en su cuerpo la mano de Domingo? Sabed, pues, que una vez le viò el Cielo sobre la tierra, poco menos que agonizando. Abandonado sobre el suelo, la respiracion debil, los sentidos sin uso, el cuerpo nadando en su misma sangre, parecia ir à dar ya el ultimo aliento. El Cielo le miraba, y estoy para decir, que con complacencia, no de que Domingo penasse, sino de añadir à su grandeza esta gloria, robandole al mundo el precioso tesoro de nuestro Santo. Hay Señores? Domingo muere. Enojaos contra aquella mano, que derramando prodiga la nobilissima sangre, que corre por las venas del gran Guzman, le và acercando al termino de su preciosa vida. Llenaos de colera contra ella, pues con su valor imprudente pone la Iglesia toda en estado de haver de la nentarse luego de una perdida igualmente dolorosa, è irreparable. Todas las manos de los Tiranos infieles no pudieran traerle à la Fè, y à la piedad una derrota tan lastimosa, como causará la mano de Domingo, si llega finalmente à acabar con su vida preciosa. Destas ventajas havia de gloriarse? Envanezcase, de que derriba un Cedro de los mas altos, que florecian en el Libano, y echa por el pie à una Coluna de las mas robustas, en que se apoyaba la Fè. Pero su triunfo lejos de deberse celebrar con alabanzas, será conocido como un triunfo cruel, una vitoria barbara, y

un

(1) Psal. 37. v. 18. (2) Psal. 72. v. 14.

un venciimiento que la deshonor. Domingo, Señores, està para morir. Quièn, pues, hará frente en adelante à las corruptelas, y los abusos? Quièn atajarà sus corrientes à la impiedad? Domingo muere. Quièn conducirá à los Claustros almas generosas, unas arrepentidas, otras inocentes, à hacer todos sus sacrificios à la Religion, y à la piedad? Iglesias Santissimas! Quièn os bolverà el culto, y la antigua veneracion? Sacerdotes imperfectos! A donde acudiréis à ser amaestrados en las funciones de vuestro ministerio, y donde hallareis la devocion, y el zelo que os falta? Domingo muere. Quièn llevará, pues, la Fè à las Naciones barbaras? Quièn promoverà la frecuencia de los Sacramentos? Quièn purgarà la Francia de sus errores? La Italia de sus abusos, la España de sus liviandades, y el mundo todo de su libertinage? Domingo muere. Pues què hará la Christiana Jerusalem si le falta un Nohemias tan aplicado à fortalecer sus muros, y à velar sobre la gloria, i seguridad de su Pueblo? Domingo està para morir? Haga, pues, sus disposiciones para el luto de la Santa Fè, que và à perdèr en Domingo una semilla bendita de creyentes. Llore inconsolable el Paraíso de la Iglesia, pues và à quedarse sin movimiento aquella mano tan ocupada siempre en plantar azucenas, y regar lirios. Llore la piedad la falta de aquel, que le havia levantado el destierro. Llore la devocion la muerte cercana de quien promovia sus frecuentes practicas. Lloremos todas nuestras perdidas, y demos nuestras quejas à aquella mano, que con su indiscreta severidad ha reducido à este extremo la preciosa vida de Domingo.

Mas què digo yo? Culpar la mano de Domingo? Y por què? Ella rompiendo el vaso de su carne, ha hecho mas, que hacer mas sensibles las fragancias del suavissimo balsamo de sus virtudes? Mientras debilitaba el cuerpo, no daba à su espiritu fuerzas de Gigante? Los golpes de sus disciplinas, y las heridas de los cilicios han sido otro, que bellissimas piedras,

dras, de que se ha labrado para nuestro Heroe la corona de su inocencia? Su mano será tenida por imprudente, ò por tirana, pero solo de quien no pesa quanta parte tuvo su fe- veridad en guardar zelosamente el candissimo lirio de su pureza, y en hacer su espiritu capaz de las comunicaciones del Cielo. No obstante, aun no perdonaria yo à su mano despues de todas estas reflexiones, si ella huviesse efectiva- mente acabado con la vida de nuestro Santo. Mas fue un a- mago solamente el que hizo la muerte del que luego se ar- repintió. No convenia perdiessse tan presto la tierra el riquis- simo tesoro de Domingo. Quedaban muchas mieses que cor- tar, y era necessaria la mano deste Segador. Eran muchos los sobervios Cedros, que se gloriaban injustamente de su altura, y debian caer à los golpes de nuestro Santo. La tier- ra le necesitaba aun, y no era razon desatenderla. El Cielo no quiso darse prisa à enriquecerse con los despojos del mun- do. En suma, Domingo recobra los espiritus, llama las fuer- zas fugitivas, recibe el sentido, y el movimiento, y se po- ne en pie tan poco apesarado del peligro, à que le havia puesto su rigido fervor, que confiesa haver padecido poco para dejar algo satisfechas sus ansias. Sus infaciables deseos de padecer, le obligan à anhelar por los alfanges Turques- cos. Suspira por verse encadenado en las carceles mas espan- tosas del Africa. Las persecuciones mas violentas, mas as- peras, y mas tiranas, eran las que proponiendose à su idea, le llenaban de gozo con la esperanza de su possession. Deseò ardientemente passar al Asia, y al Africa, para hacer à la Fè el sacrificio de aquellas pocas gotas de sangre, que se havian librado de la santa tirania de sus disciplinas, y rалos. El Se- ñor no quiso fuesse herido de otra mano, que de la propia, bien que para templar el ardor de sus deseos, substituyò un martirio lento en los trabajos inmensos, que padeciò por la gloria de su Magestad. En los viages que hizo por toda Es- paña, por toda Italia, por toda Francia, à pie siempre, y def-

descalzo, à pesar de las incomodidades, y asperezas de los caminos, sufrió las fatigas, que dejan entenderse. Quien le atienda en los empleos de su largo Apostolado, quedará convencido, de que Domingo sufrió todo lo que de sí mis- mo nos cuenta otro Apostol, que es decir, el hambre, la sed, la desnudez, el calor, el frio, las persecuciones, y los crueles tratamientos de aquellos mismos, à quienes iba à darles la salud.

Y aora, Señores, vosotros quereis saber las razones, que tenia Domingo para condenar su inocencia à una penitencia tan espantosa? Mirad, èl se consideraba puesto en el mundo pa- ra procurar la salud propia, y la agena. Persuadido, pues, del Apostol, (1) que peligra la propia salud, si los discursos e- loquentes no tienen el socorro de las obras, dando practica- das aquellas virtudes, que se predicán, despedazaba sus car- nes, sabiendo que las palabras por sí solas no hacian menos dudosa su salvacion. Llamado especialmente del Señor para la salud de muchos, creyò, enseñado de San Bernardo, (2) que para hacer impresiones saludables en los demás, ten- drian mayor fuerza las obras, que procedian de su mano, que las palabras que nacia de los influjos de su lengua. Un hombre bien comido, decia San Geronimo, discurre exce- lentemente del ayuno. No estriva, pues, la perfeccion, dice el mismo Santo, en hablar bien de las virtudes, sino en prac- ticarlas con solidez, y con teson. Un discurso brillante de una virtud gana fama de eloquente, pero dar materia en una virtud, para formar un Panegirico, acredita de Santo. Domingo estimò poco los esfuerzos de su lengua por sí so- los, y por esto à semejanza del Salvador, permitia la obra de sus manos à las enseñanzas de su lengua, (3) enseñado ya

Tom. II.

F

de

(1) 1. Cor. cap. 9. *Castigo corpus meum, &c. ne forte cum aliis predi- caverim ipse reprobus efficiar.* (2) S. Bern. Serm. 59. in Cant. *Validior est vox operis, quam vox oris.* (3) *Cœpit Jesus facere, & docere.* Act. Ap. cap. 1. v. 1.

de San Mateo, (1) que en el Reyno de los Cielos no tiene nombre de grande el que dice solamente, fino el que hace, y dice. Yo no quiero, Señores, examinaros, si estais animados de un espíritu semejante, ni si practicais las mismas austeridades, que Domingo. Este examen, aunque hecho de passo, no servira de otro, que de excitar vuestra indignacion, persuadidos, de que tal examen le introducía para sacar burla de vosotros. Solamente os pregunto; si poseeis mayor candor de inocencia que nuestro Santo? Si sois mas necessarios que él en el mundo? Si professais la misma Religion? Os pregunto, què hariais mas de lo que haceis, fino fuera el Christianismo fino una ley de placeres? Os pregunto, si el Evangelio os impone la obligacion indispensable de purgar vuestra vida licenciosa? Pues, Señores, no quiero deciros mas, fino lo que Eusebio Emiseno decia en ocasion semejante: *Los remedios no se hicieron tanto para los sanos, como para los enfermos.* (2) Mas yo estaria contento, si las faltas que hay en vosotros de mortificaciones, se hallassen compensadas con obras de caridad. Pero el dolor es, que la caridad no puede pretender ventajas sobre la penitencia, estando tan distante la una, como la otra de vuestras practicas. Yo quisiera que no os faltasse animo para imitar à Domingo en la caridad, ya que no lo teneis para imitarle en su penitencia. Què caridad, oyentes, la de nuestro Santo tan fervorosa? Què universal? Què tierna? Miraba con tanta compasion à los pobres, que todo su empeño era remediarles en sus urgencias, y estendia tan largamente sus manos para socorrerles, que pudo decir al Señor, quizá con mayor razon que Job: *Por ventura comi solo mi pedazo de pan, sin que comiera del el pupilo?* (3) Dos años padeciò la Castilla una extrema hambre à tiempo que seguía Domingo los estudios. Què no hizo,

(1) Matth. cap. 4. *Qui autem fecerit, & docuerit, &c.* (2) Euf. Emif. *Medicinam quam invadunt sani, discant querere vulnerati.* (3) Job. cap. 31.

zo, pues, para ocurrir à tan dolorosa pobreza? Penetradas sus entrañas de la compasion, distribuyò generosamente quanto le vino à la mano, y mal satisfecho, se deshizo por dos veces de todos sus muebles, hasta de su preciosa libreria, no desconfiando de ser sabio, como él decia, mientras se reservasse para estudiar el libro de la caridad. Ya no tenia que dar Domingo, quando la fama de sus liberalidades, llevò à su presencia à una muger afligida, à pedirle una limosna harto considerable, para rescatar à un hermano cautivo. Què haria Domingo? Socorrerla es imposible. Despedirla sin consuelo, no puede sufrirlo su misericordia. Exortarla à la tolerancia de su infortunio, no era remediar la falta, que sufría la inconsolable Señora. Pensò, pues, Domingo ofrecerse à la esclavitud, dandose por precio de la libertad de un hombre à quien no conocia, ni tenia del mas señas, que las que le daba su compasion.

Señores ha acabado la mano de hacer sus alegatos. En los golpes que ha dado sobre su cuerpo, creo haver pulido las piedras para formarle à Domingo la corona de su gloria. Estendiendose con tanta franqueza, y liberalidad para socorrer los pobres, ha formado un capital riquissimo de merecimientos. Plantando tantas azucenas en el Paraíso de la Iglesia, y enarbolando con tanta gloria, y fruto el estandarte de la Fè, presume tener derecho, en cierta manera, à aquel elogio: *In manu tua virtus, & potentia: magnitudo, & imperium.* (1) En las empreffas ilustres que haveis oido, se apoyan las pretensiones de la mano, la qual parece, que en el duelo con la lengua, merece la honrosa preferencia de deber teger à Domingo su Panegirico. Oidos los alegatos de entrambos, la justicia està dudosa. Yo no quiero decidir contra la lengua, porque temo tenerla por contraria; no me atrevo sentenciar contra la mano, no se armen otras contra mi,

(1) 1. Paralip. cap. 29.

Toca à vosotros, discretísimos oyentes, decidir questiones de ingenio, y así pesadas en la balanza de vuestro juicio las razones de tan generosas guerreras, pronunciad definitiva sentencia. Mas si quereis tomar mi consejo, no sentenciéis por una, ni otra parte, ceded à otros el juicio, y si la lengua, y mano quieren por fuerza, que decidais sus pretensiones, tomad sagrado contra sus violencias en el templo venerable del silencio.

Y tu lengua santísima de Domingo calla por modestia, lo que podias decir en justicia. Cede tú, ó mano imperiosa de nuestro Santo, en tu honrosa pretension, pues ya no temo yo decir, que ni una, ni otra por sí solas fois capaces de formar un Panegirico digno de sus meritos. Substituid en otros vuestras pretensiones, y partid al Cielo con Domingo. Ves Domingo, ves al Cielo, rico con tantos trofeos, que para arrastrarlos todos será menester pedirle à Elias prestado su triunfante carro. Ves al Cielo, que te convida, embiando por mensagera una estrella sobre tu celda. Ves Domingo al Cielo, que no es el mundo digno de ti. Ves à recibir la corona justamente debida al valor con que te has portado en las batallas contra el infierno. Entra Domingo en aquella vida, que es eterna, en aquella eternidad, que es bienaventurada, en aquella bienaventuranza, que es dulce, en aquella dulzura, que es suave, en aquella suavidad, que es tranquila, en aquella tranquilidad, que es bella, en aquella belleza, que es gloriosa, en aquella gloria, que es segura, en aquella seguridad, que alegre, en aquella alegría, que facia, en aquella hartura, que es inmortal. Entra Domingo en aquella Ciudad, cuyos habitadores son Reyes, en aquel Reyno, cuyo Cetro se apoya en la mano de la felicidad, en aquel jardin, cuyas plantas son racionales, en aquella tesoreria, en quien las joyas son mas que las estrellas, en aquel oceano, en cuyo golfo navega la alegría, en aquel teatro, donde Dios mismo hace pompa de su grandeza, donde

de se representan tres personas en una substancia, en aquel Templo, donde la Divinidad está sin velo, en aquel Cielo, donde las estrellas son mas brillantes, que el Sol, en aquel grande Paraíso donde se alvergan sin numero otros paraísos animados. Entra Domingo en una mansion feliz, donde llueven las alegrías, inundan los contentos, dan su verdor hermoso las delicias, corren rios de nectares dulcíssimos, respira el ayre fragancias, y se oyen conciertos de armoniosas musicas. Entra Domingo en un nuevo Reyno, donde el jubilo se entroniza, donde se pisa el oro, donde se desprecian las piedras, donde no se estiman los tesoros, donde las coronas se llevan entre pies. Entra finalmente en la celestial Jerusalem, Ciudad destinada à ser morada eterna de los escogidos, Ciudad, cuyos moradores manejan Cetros, que tiene por armas la paz, por muro la inmortalidad, por valuarte el poder, por viveres las delicias, por defensa la misma seguridad, por su Governador al mismo Dios sobre su Solio. Si Domingo si: *Intra in gaudium Domini tui*. Tente allà tu lengua, y tu mano, que hartos Panegiristas quedan acà en el mundo de tu grandeza. Vive oy dia tu zelo en tu Ilustrísimas Religion, heredera no menos de tu Instituto, que de tus virtudes. Ella tiene en deposito tu espiritu, y tu fuego. En los progressos que ha hecho à beneficio de la Fè, y de la piedad, reconoce el mundo tu virtud, que derivada à tus hijos, llena de gloria toda la tierra. A Domingo, Señores, puede darse aquel elogio, que fue dado al Coloso de Roda: *Etiam jacens miraculum fuit*: Domingo aun despues de su muerte es un milagro. No puede menos, Señores, de ser milagro, el que oy dia obre tanto Domingo por el ministerio de sus hijos. Si en los Concilios se promulgan oraculos, y se fulminan rayos contra la Heregia, gloria es de Domingo, en cuya escuela tomaron lecciones ochenta y siete hijos suyos, que tanto se señalaron en el Concilio Tridentino. Si dictan mil Salomones desde las Catedras, si hablan desde los

Pulpitos mil Pablos, si se admiran millares de Doctores en los libros, gloria es de Domingo, que los adestrò à obras tan bellas. Si los Ubertos de Viena, si los Sanchos de Portugal, si los Robertos de Sajonia, si las Margaritas de Saboya, y Ungria fueron à transplantar los Cetros Reales en los claustros, gloria es de Domingo, que los guiò por las asperas sendas de la penitencia. Si su Religion ha ceñido quatro veces su frente con la Tiara, si ha trocado setenta veces su manto con la Purpura, si ha empuñado mas de mil Báculos, gloria es de Domingo, que les cultivò sus talentos, y sus virtudes para hacerlos capaces de tanto honor. Su zelo transferido al corazon de sus hijos, serà siempre el gozo de la Iglesia, y del estarà llena toda la tierra. Italia por el fervor de San Pedro Martir, y por la literatura, y egemplo del gran Thomàs. España por los dos rayos de su Apostolado, Vicente, y Raymundo. El Septentrion por los prodigios de Jacinto. La America por la predicacion de Beltran. En suma toda la tierra publica la grandeza de Domingo, dejandose ver regada con los preciosos sudores de mil Apostoles, adornada con los lirios fragantes de tantas Virgines, amassada con la sangre de millares de Martires. Goze enhorabuena, pues, su Ilustrissima Religion la ventaja de tener un Padre, que dejandoles su espiritu, los ha honrado juntamente con la confianza de constituirlos Querubines custodios de la Santa Iglesia. Gozad Santo mio de tanta gloria. Derramad vuestras luces sobre nuestras tinieblas. Comunicadnos algunas centellas de vuestro fuego. Contadme, Padre mio amantissimo, en el numero de vuestros hijos. Velad Vos, y Francisco desde el Cielo sobre ambas Religiones. Mantenedlas unidas para gloria universal de la Iglesia, y ruina de la Heregia. Inspirad en el corazon de todos vuestros hijos unos sentimientos saludables, y llenadlos à todos de vuestras bendiciones.

SER-

SERMON

DE SANTA CLARA VIRGEN.

SIMILE EST REGNUM Cælorum decem Virginibus, &c. Matth. 25.



Mala hora llegais, si os trae el deseo de saber quales fuesen las virtudes, y el merito de la purissima Virgen Santa Clara. Desgraciados sois viniendo este dia con el animo de avivar vuestra devocion, recibiendo una informacion tan cierta, como abundante, de quanto obrò esta esclarecida Virgen. Para satisfacer vuestros deseos, y llenar vuestras esperanzas, era menester compareciesse oy en este Pulpito, no menos, que todo un S. Francisco de Assis. Si, Señores, que otro que Geronimo no es capaz de instruirnos quien fuesse Santa Paula. San Francisco, pues, que tratò à Clara tan estrechamente, como à Paula Geronimo, podia solamente deciros, qual haya sido el candor purissimo de Clara. Francisco solo podia pintar à lo natural una Imagen fuya, supuesto que viò la condicion apacible, y las admirables virtudes del Original. Yo no puedo menos de persuadirme, que si San Francisco se dejasse oir, diria desta hija de su espiritu, que fue una criatura amable, y acepta à todos por su inocencia, noble por el esplendor illustre de su cuna, rica por los tesoros inestimables de sus virtudes, fecunda por la propagacion dichosa de su Instituto, hermosa por la diversidad admirable de sus gracias. El formaria una Imagen tan bella de Santa Clara, que arrebataria vuestros corazones, y vuestros ojos. Dichosos vosotros si mereciesseis oirle,

F 4

y